GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

UNA NUBE DE VERANO.

48224

UNA NUBE DE VERANO

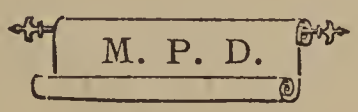
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades la noche del 22 de Setiembre de 1854.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 27 de Marzo de 1854



PRECIO: 8 REALES

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1882.

PERSONAS.	ACTORES.
Matilde	Doña Matilde Duclós.
Elisa	Doña Rita Revilla.
Anita	Doña María Romero.
Don Luis	Don Manuel Osorio.
Don Juan	Don José Calvo.
Don Cárlos	Don Jorge Pardiñas.

La escena es en Madrid el año 1853.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Juan; balcon á la derecha del actor, que figura dar á la calle de Alcalá. Puerta al lado, que da, como las de la izquierda, á las habitaciones interiores. Otra al fondo. En todas ellas cortinas de lujo. Butacas, espejos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ANITA y DON JUAN.

JUAN. ¡Yo quiero que me lo cuentes!
ANITA. Y yo no quiero decírtelo.
JUAN. Lo dirás.
ANITA. No lo diré.
JUAN. Lo veremos.
ANITA. Ya está visto...
Yo puedo tener secretos...
JUAN. ¿Qué ocultas á tu marido?...
¡Así te olvidas, Anita,
á los veinte años cumplidos
de boda, de lo que dice
Ripalda en su Catecismo!
La mujer debe obediencia...
ANITA. Y yo me casé contigo
para mandar en mi casa;
¿estamos? Tú no eras rico,
y yo te dí, con mi mano...
JUAN. ¡Adios... los diez mil del pico!...
ANITA. ¡Diez mil duros!... Te compré;
¿estamos?

Don Juan.

JUAN. ¡Dios me dé tino!
ANITA. Soy ama, ¿estamos?
JUAN. Estamos
haciendo un papel ridículo.
¿No es natural que yo quiera
saber la causa, el motivo
de por qué están en mi casa
las gentes que en ella admito?
Vivíamos santamente
en la calle del Colmillo
hacia más de diez años,
en un caseron magnífico,
y de repente aparece
una señora. Salimos
conque, yo no sé por qué,
se queda á vivir contigo,
que si bien tiene ella casa,
segun tu misma me has dicho,
sienta, por mi mal, sus reales
en mi pobre domicilio,
á expensas de mi paciencia,
de mi humor y mi bolsillo.
¡Callo! De pronto te ocurre
el espantoso designio
de mudarte; buscas casa,
y vamos, sin mi permiso,
á habitar, por mi desgracia,
á la calle de Peligros...
¡Callo tambien! Tu amiguita
Matilde, falta de juicio,
nos hace ir siempre á paseo,
te lleva al teatro del Circo,
y lo que es aun más extraño,
vais siempre de tapadillo.
Si vamos al teatro Real,
ha de ser al paraiso,
donde se ve á los cantantes
del tamaño de un pepino.
Si á las máscaras, tenemos

que estar durante el bullicio
con el traje y la careta
aunque uno se abrase vivo.
Si al teatro, á la ignominia;
y estoy teniendo el capricho
de que, si vais á los toros,
os soplais en el tendido.
Por las noches, al balcon
os poneis, y esto es más lindo;
todo se os vuelve mirar
hácia la puerta del Suizo.
«Ya sale,» dice la una;
«ya entra,» os decís al oido;
y yo, que ni entro ni salgo
en tan raro laberinto,
la cabeza me devano
sin que saque nada en limpio.
Y no contenta con esto,
el otro dia, á las cinco
de la tarde, cuando el sol
achicharraba, contigo
me llevas, sin decir nada,
de Alcalá por el camino,
á recibir á otra amiga
que en la diligencia vino...
Os saludais, os dais besos,
y aumentando mi martirio,
tambien te la traes á casa,
donde ocupa el cuarto mio.
Siguen las conversaciones,
aumentan los secretitos,
y yo, por una y por otra,
estoy hecho un zarandillo.
«Don Juan, al punto un carruaje;
(Remedando la voz de las mujeres.)
»don Juan, baje usted ahora mismo,
»y vea si el caballero
»de pantalon de cuadritos
»que estaba enfrente, hace señas

»á aquella del abanico.
»Que necesito billetes
»para ir al jardinillo.»
»Y todas os preguntais:
«¿Le has visto? no, no le he visto.»
¿Qué es esto? ¿En qué tiempo estamos?...
(Fuera de sí.)
¿De mi tugurio tranquilo
pretendes hacer acaso
un nuevo San Bernardino?
¿Qué damas son esas damas?
¿A qué vienen esos líos?
Que estoy viendo que si sigues
en tu espantoso delirio
de admitir á cuantas quieran
venir á vivir contigo,
será preciso poner
en el Diario de avisos,
con letras de dos pulgadas,
el siguiente remitido:
«Por razones ignoradas,
»se advierte á este pueblo invicto,
»que á casa de don Juan Robles
»se ha trasladado el Hospicio.»

ANITA. ¿Has acabado?

JUAN. Acabé.

ANITA. Pues te digo y te repito,
que nada puedo decirte
más de lo que ya te he dicho:
que esas damas no me estorban;
que alegre con ellas vivo;
que son jóvenes y honradas;
que puesto que somos ricos,
podemos gastar dinero;
y que pues no tengo hijos,
justo es que busque quien quiera
distraerme de un marido
tan caviloso y tan sándio;
y por último, que insisto

en callar, y que no quiero
decirte más.

JUAN. ¡Bravo! ¡Lindo!
¡Cásese usted!

ANITA. No haberlo hecho;
yo tu mano no he pedido.

JUAN. Pero mujer...

ANITA. Y silencio,
que aquí salen.

JUAN. Me resigno.

ESCENA II.

DICHOS, ELISA y MATILDE, por la primera puerta de la izquierda.

ANITA. ¡Adios! ¿Has dormido bien?

MAT. Muy bien; ¿y usted?

ANITA. De lo lindo.
¿Y Elisa?

ELISA. ¡Yo!... casi nada.

MAT. ¿Y usted, don Juan?

JUAN. ¿Yo?... magnífico.
Ayer tuve calentura,
y apenas amanecido,
he tenido la fortuna
de que me dé un tabardillo.

MAT. Mal humorado está usted.

JUAN. Ya ve usted, el calor y el frio...

ANITA. Ya se lo dije á Matilde, (A Elisa.)
á quien como á hermana miro:
su historia de usted, idéntica
á la suya; el extravío
de su esposo y la amistad
que en ustedes dos he visto,
me interesó por usted
de tal modo, que he tenido
un placer en que admitiera
mi oferta.

MAT. (A las dos.) Feliz no he sido

yo tampoco en mis pesquisas.
Hace ya un mes que he venido,
y ni en paseo en el Prado,
ni en los teatros, le he visto.

ANITA. Se le ha tragado la tierra;
y eso que no hemos perdido
la más pequeña ocasion.
¡Dios quiera que más benigno
con usted el cielo, haga
vea pronto á su marido!

ELISA. Dios lo quiera.

JUAN. (Sin oir lo que dicen.) ¡Pues, señor,
hago un papel muy bonito!

ELISA. De todos modos, señora, (A Anita.)
yo agradezco á usté infinito
su amabilidad. Si su
casa por ahora admito,
es porque...

ANITA. No hablemos de eso;
mayor mi placer ha sido.

MAT. Es usted, Anita, un ángel.

ANITA. Y tú, tú eres el diablillo
más simpático y más bueno
de la tierra.

JUAN. Y yo el pollino
más estúpido del mundo.

MAT. ¿Don Juan? (Llamándole.)

JUAN. (Levantándose.) ¡Adios!

MAT. (Hablándole al oido.) Necesito...

ELISA. Tan loquilla como siempre.

ANITA. ¡Oh, yo la quiero infinito!
Casi la he visto nacer...
y su tia siempre ha sido
mi mejor amiga.

MAT. Un coche
quiero que traiga... (A Anita.)

JUAN. Lo dicho;
soy un asno.

ANITA. (A don Juan.) Que no tardes.

JUAN. ¿Y por qué no va Toribio?
¿Para qué son los criados?
ANITA. ¿No te acuerdas que el domingo
nos trajo uno tan horrible
que nos silbaban los chicos?
JUAN. ¡Y hay quien se case!
MAT. Yo quiero
que tú, vengas conmigo.
ELISA. ¿Pero adónde vas?
MAT. A casa
de Ginés, por un vestido
que compré ayer.
ANITA. Que se almuerza
á las doce. (A las dos.)
JUAN. (Poniéndose el sombrero.) Ya estoy listo.
ANITA. Ustedes tendrán que hablar... (A las dos.)
ELISA. Por Dios...
ANITA. Esto es ya sabido;
en mi cuarto las espero. (Váse.)
MAT. No tardaremos.
JUAN. ¡Qué hechizo!
Voy á ver si por fortuna
llego á encontrar un vehículo
que antes de andar treinta pasos
se haga trescientos añicos.

ESCENA III.

ELISA y MATILDE.

ELISA Deja que otra vez bendiga, (Se sientan.)
cara amiga, mi destino.
¡Yo en Madrid, yo al lado tuyo!...
MAT. De la suerte son caprichos.
ELISA. ¡Cierto que es particular!...
¡Oh! ¡Quién nos hubiera dicho
en el colegio, que al cabo
de siete años no cumplidos,
por ser las dos desgraciadas,

íbamos á reunirnos!...

MAT. Con todo; lo que nos pasa
es por demás bien sencillo.
Yo en Zaragoza vivia
sola; mi caro marido
vino á Madrid hace un año
á ganar cierto litigio,
y hace más de cuatro meses
que ni una carta me ha escrito.
En este tiempo fallece
mi tia: Dios haya sido
tan generoso con ella
¡como ella rara conmigo!
Sé por varios de la córte
qué mi dichoso Carlitos,
no sólo está sano y gordo,
sino tambien... *distraido.*
Sin decir á nadie nada
de mi marcha y mis designios,
me meto en la diligencia,
á Guadalajara arribo,
donde por casualidad
te veo... ¡Encuentro magnífico!
Nos hablamos dos palabras;
prometemos escribirnos;
me cuentas que hace medio año
que se marchó tu marido
de tu lado, y que en sus cartas
manifiesta su amor frio;
que de quedarse en la córte
inventa nuevos motivos,
y yo, que por mi fortuna
encontré un pecho benigno
en doña Anita, á quien siempre
desde mi niñez he visto,
sin ninguna explicacion,
que vengas aquí te escribo.
Llegas, te instalas, corremos
por Madrid, nada hemos visto;

pero en cambio estamos juntas
esperando un dia benigno
que nos traiga á nuestros cónyuges
amantes y arrepentidos.

ELISA. Este es justamente el caso;
y más aun me maravillo
al ver que nuestras historias
son hasta ahora lo mismo.

MAT. Pero explícame, si puedes
explicármelo, el motivo
del abandono espantoso
de tu... pues... de tu marido.

ELISA. Con bastante capital
para vivir felicísimos;
con mi amor inextinguible;
con mi incansable cariño,
¿qué pudiera apetecer
para dejarme el impío?

MAT. ¿Conque la causa no sabes?

ELISA. Ni por pienso. Yo lo mismo
he estado con él un dia
que otro... Mi amor ha crecido
despues de casarme, y siempre
con mi deber he cumplido.
Al principio, mis caricias
recibia con delirio;
á poco, las esquivaba;
despues, odiólas altivo;
y por último, enojado
de mi amante desvarío,
hasta en sus cartas le encuentro
indiferente y esquivo.

MAT. Tú siempre has tenido un alma
de fuego, y habrás creido
sujetarle á tus encantos
con un afecto sin tino;
le habrás dado tanto amor,
que el pobre se habrá rendido;
y es tan malo no amar nada

como querer con delirio.
ELISA. ¿En qué pequé si le adoro?
MAT. En adorarle. ¿Y el mio?
¡Don Carlitos!... ¡Picaron!
ELISA. Pero ese...
MAT. Estaba aburrido
con mi tia; la llamaba
¡archi-suegra, archi-vestiglo!
ELISA. ¿Tú crees que los veremos?
MAT. Un dia ú otro, de fijo.
ELISA. Madrid es grande...
MAT. No importa.
ELISA. ¿En dónde estarán metidos?

ESCENA IV.

DICHAS y DON JUAN.

JUAN. (Por la puerta del fondo.)
Señoras, el coche espera.
MAT. ¿Es bueno?
JUAN. Mucho. (Un navío.)
ELISA. ¿Conque quieres que salgamos?
MAT. En este instante; es preciso
que ni una ocasion perdamos.
ELISA. ¡Siempre que salgo, tirito...
hay hombres tan insolentes...
todos hacen unos guiños...
se quedan mirando así!...
Querrás creer que hasta me dijo
uno al pasar la otra tarde:
Ju, juí; viva ese trapío...
MAT. No tengas miedo; de Anita
entremos á despedirnos.
Adios, don Juan; hasta luego.
JUAN. Servidor de usted.
ELISA. ¡Repito!
(Vánse izquierda.)
JUAN. ¡Vayan ustedes con Dios!

(Si dejan pasar tranquilo
ese coche por la calle
sin dirigirle un pedrisco,
es que no tienen vergüenza
los madrileños. He dicho.)

ESCENA V.

DON JUAN.

JUAN. ¡Las diez, y no me acordaba
¡ah! ¡cabeza de chorlito!
que á almorzar hoy mismo tengo
convidados dos amigos...
digo, convidados no,
porque ayer perdí al tresillo
un almuerzo, y como yo
nunca mando en mi bolsillo,
por no pedir á mi esposa,
etcétera... convinimos
en almorzar en mi casa!
Habrá tambien sermoncito,
pero será necesario
que salga del compromiso.
Voy á decírselo á Anita,
y á esperarles en el Suizo.

ESCENA VI.

DON LUIS y DON CÁRLOS por el foro izquierda.

LUIS. No le pase usted recado, (Dentro.)
que ya vendrá cuando quiera.
(No queda duda; aquí era.) (Entrando.)
CÁRLOS. ¿Qué miras con tal cuidado?
LUIS. Ver si existe algun indicio
de una bella que aquí habita.
CÁRLOS. ¿Bella? Si hablas por Anita,
es que perdistes el juicio.

LUIS. ¿Qué Anita?
CÁRLOS. ¡Toma; la esposa
de don Juan!
LUIS. Puede que sea;
¿es bonita?
CÁRLOS. Es vieja y fea.
LUIS. Entonces es otra cosa.
¿Viven solos?
CÁRLOS. Creo que sí.
LUIS. Pues en esta casa entró:
¿será en otro cuarto? no,
que luego al balcon la ví.
CÁRLOS. ¿Mas de quién hablas?
LUIS. De un sér
hechicero, encantador;
de una mujer que en rigor
es un ángel, no mujer.
CÁRLOS. ¡Hola!...
LUIS. La ví el otro dia
en la calle; la seguí...
CÁRLOS. ¿Y entró en esta casa?
LUIS. Sí.
CÁRLOS. No será como la mia.
LUIS. ¿Cuál?
CÁRLOS. ¡Otra niña hechicera
á quien encontré en el Prado;
el rostro más agraciado,
con unas manos de cera!...
LUIS. ¿Y dónde vive?
CÁRLOS. Lo ignoro,
porque un necio me paró,
y mientras despareció
de belleza aquel tesoro.
Y lo que me extraña más,
es que, ni aun en las reuniones,
ni en paseos, ni en funciones,
la habia visto jamás.
LUIS. Tampoco á la mia ví
yo, que á todas partes voy,

y lo mejor es que estoy
seguro de que entró aquí.
(Pausa. Se sientan.)

CÁRLOS. Por cierto que risa da,
aunque alguien bien lo interprete,
ver cómo hacen el cadete
dos hombres de juicio ya.

LUIS. El amor no mira nombres;
dueño absoluto de todo,
ataca del mismo modo
á los niños que á los hombres.
¡Y además, confesaré,
aunque con mil trasudores,
que de fáciles amores
me canso ya por mi fe!
Desde que nos conocimos
hace tres meses escasos,
en buenos y en malos pasos
juntos la tuna corrimos.
Y me cansan, sin ambajes,
aunque me ridiculizas,
esas virtudes postizas
ocultas tras mil encajes.
Hay mujeres que al seguirlas,
sin obstáculo ninguno,
hasta le quitan á uno
el orgullo de rendirlas.
Y pienso al mirar las bellas
que caen con un hombre ducho,
ó que el hombre vale mucho,
ó que valen poco ellas.
En tres meses me han querido
(Levantándose.)
Luisa, Julia, Magdalena,
Antonia, Rosario, Elena,
y alguna que dí al olvido.
Y entre ellas, bien barajadas,
si de su parte te enteras,
hay casadas muy solteras,

y solteras muy casadas.
Y ellas te darán razon,
si las quieres preguntar,
de por qué suelen faltar
á su santa obligacion.
Las solteras, pobrecitas,
porque no saben lo que hacen,
y su inocencia deshacen,
sin saberlo, á las tres citas.
Las casadas... porque al fin
el marido es un tirano...
y porque siempre en verano
el calor engendra esplin.
Las viudas, por compasion;
las niñas, por lo que oyeron;
las viejas, por lo que fueron,
y todas, por lo que son.
De modo que, á mi pesar,
me he llegado á convencer
que el que no tiene mujer
es que no quiere buscar;
que cual dice un escritor,
y bien mi elogio merece,
la que más santa parece
es porque engaña mejor.

CÁRLOS. Pero advierte de camino, (Levantándose.)
sin que intente defenderlas,
que sólo para perderlas
empleamos nuestro tino.
Que nos fingimos amantes,
cariñosos, elocuentes,
enamorados, ardientes,
reservados y constantes.
Que olvidamos si vencemos,
que fingimos si no amamos,
y que la virtud buscamos
que nosotros no tenemos.
Las enseñamos el arte
de engañar y de mentir;

las hacemos sucumbir,
y nos vamos á otra parte.
Si de nobles prendas bellas
no les da el hombre destello;
si tan pícaros son ellos,
¿por qué han de ser buenas ellas?

LUIS. Sus deberes...

CÁRLOS. ¡Egoismo!
¿Cumples con los tuyos tú?
Entonces, por Belcebú,
si hacemos todos lo mismo;
si las damos el ejemplo;
si con fingidas dulzuras
ni siquiera están seguras
las que guarda un santo templo...
¿cómo querer enmendar
lo que echamos á perder?
¿Cómo podrá la mujer
su santa virtud guardar?
No contra ellas te exasperes
dándolas tan crueles nombres;
mientras los hombres sean hombres,
siempre ellas serán mujeres.

LUIS. De modo...

CÁRLOS. Que basta ya;
que mi estómago se abrasa;
que don Juan no está en su casa,
y que en el Suizo estará.
A buscarle voy al punto,
si tu voluntad no tuerzo,
para que nos dé el almuerzo,
que es lo mejor del asunto;
y de tu imaginacion
curará las pataratas,
un buen bistek con patatas
y una lonja de jamon.
(Se va por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

DON LUIS.

LUIS. Tiene razon que le sobra,
y no le sé responder.
Seguro de su mujer,
¿cómo ha de estar quien mal obra?
Yo, por ejemplo, querido
de la mia, á otras prefiero,
y hago vida de soltero
sin mirar que soy marido.
Sin embargo; el matrimonio
disgustos tiene á fe mia,
y aquella monotonía
es invencion del demonio.
¡Bah! Si la conciencia ruin
acusa nuestra demencia,
ahoguemos nuestra conciencia
y gocemos hasta el fin.

ESCENA VIII.

DICHO y MATILDE, con mantilla puesta, por el foro.

MAT. ¡Qué coche!
LUIS. ¿Quién? ¡Mi conquista!
MAT. ¡Ah! ¡Un caballero!
LUIS. ¡Señora!...
(¡Ella es! ¡Qué encantadora!)
MAT. (¡Me está pasando revista!)
Busca usted...
LUIS. Soy de don Juan
amigo, y le espero.
MAT. Voy...
LUIS. No se marche usted... estoy
viéndola á usted con afan...
MAT. No sé.., creo conocer...

LUIS. Manos á la obra... audacia.
MAT. ¡Oh! ¡Sí... el que con pertinacia
me siguió!...
LUIS. Vamos á ver...
No pretenda usted dejar
en tan triste situacion
al que tiene la ocasion
de poderla á usted hablar...
MAT. ¿Usted á mí?...
LUIS. Justamente...
Yo, que apenas la miré,
quise, sin saber por qué
encontrarla frente á frente;
y pues mi grato destino
la ocasion me llegó á dar,
no la dejaré escapar
ya que tan á tiempo vino.
MAT. Permita usted que no entienda...
LUIS. Pues sencillo es por demás.
¿No me ha visto usted?...
MAT. Jamás...
LUIS. No es cierto.
MAT. Hará que me ofenda.
LUIS. Lo sentiria; pero creo
que debió usted reparar
la otra tarde... mi mirar.
MAT. Que termine usted deseo.
LUIS. No aumentaré mi martirio
callando mi afan cobarde;
la he visto á usted la otra tarde,
y la amo ya con delirio.
MAT. ¡Jesus!... ¿Así de repente?...
LUIS. El amor entra deprisa.
MAT. No puedo tener la risa.
LUIS. Pues ríase usted... Corriente...
Eso no disminuirá
la verdad de lo que digo.
MAT. ¿De don Juan es usté amigo?
LUIS. Por mi fortuna...

MAT. Quizá
no le habrá dicho quién soy.
(No es fácil; él no lo sabe.)
LUIS. No por cierto.
MAT. (El hombre es grave.)
LUIS. Pero ahora á saberlo voy.
MAT. No hace falta.
LUIS. ¿Cómo no?
¿De qué modo la hablo á usted
cuando su nombre no sé?
MAT. Tampoco el suyo sé yo.
LUIS. Luis de Peralta y Amato,
granadino y con dinero;
veinticinco años, soltero;
ahí tiene usted mi retrato.
MAT. ¡Bravo!... ¡A risa me provoca!
LUIS. De burla oiré mil granizos,
con tal de ver los hechizos
que encierra esa linda boca.
MAT. (¡Peralta!)
LUIS. ¿Y yo no sabré
ni su nombre?...
MAT. El nombre mio...
LUIS. Saberlo tan sólo ansío.
MAT. Pues yo no se lo diré.
LUIS. Tampoco ese mal me acosa,
y á falta de otro mejor,
la llamaré ángel de amor,
ó deidad... ó cualquier cosa.
MAT. ¡Ja, ja! ¡Al menos es chistoso!
LUIS. No lo niego.
MAT. ¡Ja, ja, ja!
LUIS. ¡Qué bella riendo está!
MAT. ¡Ja, ja!
LUIS. (Aparte.) ¡Diantre! ¡Si haré el oso!
¿Conque no podré saber?...
MAT. ¡Basta de broma!
LUIS. La juro...
MAT. Quiero salir del apuro

en que me supo poner...
No admitiré su pasion...
mejor diré, su deseo;
primero, porque no creo
su loca declaracion.
Y aunque su genio me agrada,
más mi repulsa se funda
en otra razon segunda,
y es, don Luis, que soy casada.

LUIS. ¡Mejor!

MAT. ¡Cómo!

LUIS. ¡No... es decir!...

MAT. Así, cese esta entrevista.

LUIS. ¿Pero es justo ¡oh Dios! que exista
quién su pecho haga latir?

MAT. Y no oiré razon ninguna.

LUIS. Feliz esposo te nombres;
bien dicen ¡cielos! que hay hombres
con insolente fortuna.
¿Y quién es el majadero?...

MAT. Caballero...

LUIS. No... el marido
de tal belleza...

MAT. Atrevido
es usted.

LUIS. Su cancerbero
será algun viejo con gota,
algun hombre que dé susto.

MAT. No tengo yo tan mal gusto.

LUIS. Ese hombre mi calma agota.
¡Pero no! Usted no es casada;
en su semblante lo veo.

MAT. Se lo afirmo.

LUIS. No lo creo.

MAT. La chanza se hace pesada.

LUIS. ¿Cómo se llama el menguado?

MAT. Mi esposo es don Cárlos Ruiz.

LUIS. ¡Cómo! ¡Ruiz!

MAT. Ruiz.

LUIS. (¡Infeliz!
¡Diantre! ¿Conque era casado?)
Un jóven guapo, elegante,
moreno...
MAT. El mismo.
LUIS. (¡Ah, bribon!)
MAT. ¿Conoce usted?...
LUIS. ¡Picaron!
(¡Fuera gracioso... adelante!)
¡Cómo! (Me salva el ardid.)
¿Es usted mujer... ¡qué horror!
del hombre más seductor
y más trueno de Madrid?
¡Se ha visto cosa como ella!
Esa odiosa criatura,
para él no hay virtud segura,
casada, viuda ó doncella.
MAT. ¡Cómo!
LUIS. Mi boca sostiene
lo que la afirma mi pecho;
un calavera deshecho
que cuatro queridas tiene.
La viuda de un coronel,
la hija de un oficinista,
y la esposa de un fondista
de la calle del Clavel.
MAT. Es imposible.
LUIS. Lo juro:
yo que amo...
MAT. No más hablar.
Si lo llega usté á probar...
LUIS. Lo probaré, de seguro.
MAT. (De ese modo lo veré,
y aunque infiel...) ¡De esa manera
podré verle á usted!
LUIS. ¡Hechicera,
que usted se convenza haré!
MAT. Hasta tanto...
LUIS. Beso humilde.

MAT. Oir no podré su amor.
LUIS. Pero...
MAT. Ya he dicho.
LUIS. ¡Es rigor!
¿Pero su nombre?...
MAT. Matilde.

ESCENA IX.

DON LUIS.

LUIS. ¡Encantadora aventura!...
¡De Carlitos es mujer!
¡Bribon! que me ha hecho creer
que era soltero; ¡oh ventura!
Contenerme no podia,
porque la risa me ahogaba;
y ella, que no sospechaba...
¡buen lance es, fortuna mia!
¡Luego viven separados,
puesto que él viene á esta casa
y no sabe lo que pasa!
¡Oh maridos desdichados!...
Y tampoco ella sabrá
dónde vive su consorte...
Como es tan grande la córte...
¡buena conquista será! (Pausa.)
Es mi amigo... ¿Y qué reveses
no hace el amor soportar?
¡Sí!... Bien se puede faltar
á un amigo de tres meses.
Estar aquí más no quiero;
segun dijo, espera enfrente...
¡Cuando le halle frente á frente,
si no me rio, me muero!
(Se va por el foro.)

ESCENA X.

ELISA, por la segunda puerta izquierda.

ELISA. ¡Creí escuchar!... ¿Quién seria?
Matilde se está vistiendo
hace un rato, á lo que entiendo.
¡Triste existencia la mia!
Es extraño no haber visto
en diez dias á mi esposo.
¡Oh! Sin duda es muy dichoso...
¡Un mes así, no resisto!
Ni en el paseo ¡hay de mí!
ni en ninguna parte pude
verle... ¡Si á ninguna acude,
dónde está!

ESCENA XI.

ELISA y DON CÁRLOS, por el foro.

CÁRLOS. ¡Tampoco aquí!
ELISA. ¿Quién?
CÁRLOS. ¡Señorita! ¡Qué miro!...
¡Mi bella desconocida!...
¡Hechicera es por mi vida!
ELISA. (¡Cómo mira! Me retiro...)
Busca usted...
CÁRLOS. Busco á don Juan;
pero ha quedado en venir.
ELISA. Usted me ha de permitir...
CÁRLOS. Antes oiga usted mi afan.
ELISA. Qué dice usted...
CÁRLOS. (¡Vive Cristo!
que don Luis dijo que aquí
vivia la suya... sí...
¿Si será la misma?...) Insisto
en detenerla un instante,
aunque sin razon ninguna,

ya que mi loca fortuna
me la puso á usted delante.

ELISA. ¿Me sabrá usted explicar?...

CÁRLOS. Aunque ofenda su decoro,
señorita, yo la adoro...
(¡Vaya un modo de empezar!)

ELISA. ¡Cielos!

CÁRLOS. No hay por qué asustarse;
soy un hombre bien nacido.

ELISA. Sin duda mal he entendido...

CÁRLOS. Procure usted no enfadarse.
La ví ayer, y la seguí;
su rostro me enamoró.

ELISA. ¿Usted me conoce?

CÁRLOS. No.

ELISA. ¡Y se atreve á hablarme!

CÁRLOS. Sí.
Pues que su rostro admiré,
que el mio examine espero;
puesto que tanto la quiero,
vengo... á que me quiera usté.

ELISA. ¿Caballero, usté está loco?

CÁRLOS. Podrá ser de enamorado.

ELISA. Parece usted descarado.

CÁRLOS. ¡Cómo!

ELISA. Descarado.

CÁRLOS. Un poco.

ELISA. Pues yo no debo escuchar
á quien con tal desenfado
me habla de amor.

CÁRLOS. ¡Desdichado!
Usted no saldrá de aquí
sin que premie con un sí
la pasion que me exaspera.

ELISA. (¡Miedo tengo á este atrevido!)

CÁRLOS. Responda usted á un amante.

ELISA. O se va usted al instante,
ó llamaré á mi marido.

CÁRLOS. (¡Es casada!) Y bien, que venga

á defender su tesoro;
le diré que á usté adoro,
y haremos lo que convenga.
Que venga aquí ese marido.

ELISA. ¡Caballero! ¿Cómo hacer?...
Me va usté á comprometer...

CÁRLOS. ¿Pero dónde se ha metido?...

ELISA. Es que ha salido hace un rato.

CARLOS. ¿Pero quién es el dichoso?...

ELISA. Tal vez conozca á mi esposo;
con Luis Peralta y Amato...

CÁRLOS. Don Luis. (¡Cielos! ¡Su mujer!
¡De quién él me habló con risa!...)
¿Y se llama usted?...

ELISA. Elisa.

CÁRLOS. La misma. (¿Qué debo hacer?
El que vive, me ocultaba,
con su mujer, y decia
que há un año no la veia...)

ELISA. (Creo que no me engañaba.)
¿Usted le conoce?

CÁRLOS. Mucho...
Y tiene usted por marido
á un calavera, á un perdido.

ELISA. ¡Ah, cielo santo! ¡Qué escucho!

CÁRLOS. ¡La verdad! Tiene amoríos
con casadas y solteras;
tiene siempre borracheras,
pendencias y desafíos.

ELISA. ¡Ay de mí!

CÁRLOS. Pues la hace mella.
Por él la condesa bella
del Manzano está perdida;
y él la quiere.

ELISA. ¡Una querida!

CÁRLOS. Y se ha marchado con ella.

ELISA. ¿Dónde?

CÁRLOS. (¡Válme, audacia mia!)

ELISA. ¿Usted, sin duda, no ignora?...

CÁRLOS. Se la ha llevado, señora,
á la guerra de Turquía.
ELISA. ¡Desdichada!
CÁRLOS. En cambio está
siempre á su disposicion...
ELISA. ¡Ay de mí!
CARLOS. Mi corazon.
ELISA. ¡Caballero, basta ya!

ESCENA XII.

DON CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Cosa más particular!
Esta es la que con su amor
ha cansado... y en rigor,
pues que tanto sabe amar
que á su esposo causa espanto,
¡bendigo la suerte mia!...
¡Es una ganga en el dia
una mujer que ama tanto!
Mas si siempre me juró
que estaba en Guadalajara...
¡Justo! Si bien se repara,
será celoso... ¡Hombre y yo!...
¿Por qué no?... En estos asuntos
no sé yo quién bien se porta,
y aunque es mi amigo... ¿Qué importa
que los dos vayamos juntos?
Por ahí andan más de tres
maridos con los amantes,
que eran muy amigos antes
y lo son aun más despues...
Mas si yo las cartas ví...
¡Justo... ha venido á indagar!...
Y don Luis debe ignorar
que está aquí su esposa... sí.
¡Y es bella la tal Elisa!...

Si á don Luis acierto á ver,
no sé cómo voy á hacer
para no morir de risa.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LUIS y DON JUAN, por el fondo.

LUIS. (¡Era su mujer!...) (Aparte á don Juan.)
JUAN. (¡Chiton!)
CÁRLOS. (Aquí... está... Serenidad.)
JUAN. (¡Es mucha casualidad!)
CÁRLOS. Aquí está nuestro anfitrion...
(A don Juan.)
¿Almorzamos?
JUAN. (¡Infeliz!)
¿Por qué no?
LUIS. Almorzamos pues.
CÁRLOS. (¡Y tan tranquilo, eso es!)
LUIS. (No cometa usté un desliz.) (A don Juan.)
CÁRLOS. ¿Qué tal te fué por abajo?
LUIS. ¿Y á tí qué tal por arriba?
JUAN. (¡En nada mi calma estriba!...
El no reirse es trabajo.)
LUIS. He encontrado á la hermosura
á quien doy mi vida entera.
CÁRLOS. Tambien yo ví á la hechicera
que me colma de ventura...
¿Y qué tal la tuya?
LUIS. Bien
se ha divertido.
JUAN. (¡Oh! ¡Marido!
CÁRLOS. Tambien la mia ha reido.
Dios te dé fortuna.
LUIS. ¡Amén!
JUAN. (¡Y él mismo!)
LUIS. Que te ame espero,
y que la conquistes pronto.

CÁRLOS. (Aparte á don Juan.)
Es un majadero, un tonto...
LUIS. (Y le llama majadero...)
¿Se rie usted?
CÁRLOS. (Sin querer.
Figúrese usted, mi amigo,
que la hermosura que digo,
es su mujer!...)
JUAN. (¡Su mujer!...)
LUIS. (¡Don Juan se muere de risa!)
CÁRLOS. (¡Y se rie el desdichado!)
JUAN. (¡Y los dos se la han pegado!)
Vamos á almorzar aprisa.
(Pausa. Todos contienen le risa.)
LUISA. (¡Callarme no puedo ya!)
CÁRLOS. (Imposible resistir.)
JUAN. (¿Qué haré para no reir?...
(Se miran y prorrumpen en una carcajada.)
TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso del Teatro Real en una noche de Máscaras. Espejos, arañas encendidas, butacas y muebles de lujo. Puertas á los lados y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y DON CÁRLOS, por la puerta del fondo.

JUAN. ¡Atrás, canalla importuna!
¡Qué confusion, Dios eterno!
CÁRLOS. ¡Y qué fachas y qué trajes!...
¡Por Cristo que no comprendo
cómo hay quien se desfigure
con tan raros embelecos!...
JUAN. ¡Y qué imprudentes algunos.
CÁRLOS. (Daré cima á mi proyecto.)
¿No ha visto usted á don Luis?
JUAN. ¿Qué he de ver entre el jaleo,
y la zambra y el bullicio
que reina por allá dentro?
CÁRLOS. Yo le oculté que venia.
JUAN. Vendrá con todo.
CÁRLOS. Lo temo,
porque no suele faltar
á las fiestas de este género.
JUAN. ¿Y á qué ocultarle?...
CÁRLOS. ¡Demonio!
¡Estuviera el lance bueno!
¿No se acuerda usted que Elisa
es su mujer, y que tengo

cita aquí con ella?

JUAN. ¡Bravo!
¡Espasmódico! ¡Soberbio!
No me acordaba.

CÁRLOS. (Veamos.)
Que es usted mi amigo creo.

JUAN. ¡Vaya una pregunta!... Y tanto.

CÁRLOS. Pues entonces, sin rodeos,
va usted á calmar mis dudas.

JUAN. Pues empiece usted.

CÁRLOS. Empiezo.

JUAN. (Si aguardas á que te entere
de esas cosas, ya estás fresco.)

CÁRLOS. En primer lugar, Elisa,
por quien estoy medio muerto,
dice que su esposo es
Luis Peralta.

JUAN. Será cierto...

CÁRLOS. Dice que en Guadalajara
vivian los dos contentos
hace medio año, y que él,
con un frívolo pretexto,
vino á Madrid...

JUAN. Sí que vino.

CÁRLOS. Que desde entonces no ha vuelto
á verle.

JUAN. Si ella lo dice...

CÁRLOS. Que no está en Madrid de asiento
la tal Elisa, y que hallar
es sólo su único anhelo
á su marido, y volverse
á Guadalajara.

JUAN. ¡Bueno!

CÁRLOS. Que hace diez dias tan sólo
que se halla en Madrid.

JUAN. Convengo.

CÁRLOS. Que siente haber abusado
de ustedes.

JUAN. Tambien lo siento.

CÁRLOS. Y que si yo soy honrado...
JUAN. (Que lo dudo.) Que lo creo.
CÁRLOS. Tanto la pudiera amar,
y tanto su desconsuelo,
y tan infame su esposo,
que, por último, admitiendo
mi compañía, vendrá
hoy al baile.
JUAN. ¡Lo celebro!
CÁRLOS. Que traerá un dominó azul;
que los dos hablar podemos,
y que ya hice su conquista
segun he visto.
JUAN. ¡Y *laus Deo*!
CÁRLOS. ¿Sí? Pues dice usted bastante.
JUAN. ¡Calla! ¿No está usted contento?
¿Pues qué quiere usted que diga?
CÁRLOS. Si lo que ella dice es cierto.
JUAN. ¡Qué sé yo! Si ella está en casa,
mi mujer sabe el secreto;
las dos son amigas íntimas,
y yo rara vez me meto...
Que está casada... ¡Mejor!...
Que le ama á usted... ¡Buen provecho!
A mí no me importa nada,
y si no callo, reviento.
CÁRLOS. Una vez que usted no quiere
hablar, no seré molesto;
pero le ruego, por Dios,
que guarde usted el secreto.
Mientras usted queda aquí,
yo voy á ver si la encuentro.
JUAN. Fíe usted en mí. (No sabe
que se halla en un caso idéntico
con su mujer don Luisito.
¡Qué maridos, Dios eterno!
¡Y qué mujeres! ¡Qué carga,
qué... la mia por ejemplo!)

ESCENA II.

DON JUAN, ANITA, ELISA y MATILDE, por el foro. Elisa con un dominó azul, Matilde rosa y Anita negro.

ANITA. ¡Gracias á Dios! (Se quita la careta.)
JUAN. ¡Él me valga!
ANITA. ¿Por qué no esperaste dentro?
JUAN. Porque hace mucho calor,
y me gusta más el fresco...
ANITA. ¿Están ustedes cansadas?
ELISA. No, señora. (Se quita la careta.)
MAT. Ni por pienso. (Idem.)
ELISA. Usted es la que estará
fastidiada del enredo
que hemos llevado á su casa.
ANITA. Ya he dicho á usted que no quiero
que me hablen de esa bicoca,
y no paro, no sosiego
hasta que logre mirarlas
felices...
ELISA. Cuánto agradezco...
ANITA. Tu plan, Matilde, me gusta,
y para llevarle á efecto,
en completa libertad
desde este momento os dejo.
MAT. Pero usted...
ANITA. ¿Te has olvidado
que está aquí mi caballero?
JUAN. Pues, señor, vamos andando.
ANITA. Como buen marido anhelo,
que bailes conmigo un wals;
ya tocan.
JUAN. ¡Huy! ¡Santo cielo!
repara que estoy cansado.
ANITA. Ya descansarás corriendo.
JUAN. Que me caigo.
ANITA. Te levantas.

JUAN. Mira que me estoy durmiendo.
ANITA. Así te despertarás.
Vamos, Juanito, al momento.
JUAN. Si desde el año catorce
no he vuelto á bailar.
ELISA. ¿Qué es eso?
ANITA. Nada, nada; el brazo.
JUAN. El brazo;
que hacerlo bien no prometo;
nos van á dar una grita.
ANITA. ¡Infeliz de tí! Hasta luego;
en esta sala, á las cuatro...
Juan, á bailar.
JUAN. (¡Oh! ¡Dinero!)
De fijo á las cuatro vueltas
rodando los dos caemos,
y damos un espectáculo
en la capital del reino!
(Se van por el foro.)

ESCENA III.

MATILDE y ELISA, sentándose.

ELISA. De modo que determinas...
MAT. Que su falta conociendo,
los dos nos amen rendidos
y se arrepientan.
ELISA. Lo veo
difícil. Ya acostumbrados
al contínuo movimiento
de la córte, á sus conquistas,
á su libertad... qué bello
porvenir pueden mirar
en encerrarse en un pueblo
con nosotras...
MAT. No te aturdas.
Desempeña con acierto
tu papel, y lo demás

déjamelo á mí y al tiempo.
Ayer mismo ni aun sabíamos
donde estaban... Dios es bueno,
y hará que la buena causa
triunfe, buscando los medios.

ELISA. ¡Pero qué casualidad
es que amigos se hayan hecho!

MAT. Sí; amigos como de córte...
los dos, amistad fingiendo,
tratan de engañarse, en vez
de corregir sus defectos.

ELISA. ¿De modo que mi marido
te habló con tan grande afecto?
¿Tanto dijo que te amaba?

MAT. Que le faltaba el sosiego
desde el dia que me vió;
que era su ángel, su tormento...
qué sé yo qué más me dijo.
¡El tal don Luisito es bueno!

ELISA. ¡Pues sí, que el tuyo es alhaja!
Con qué afan y atrevimiento
ya su cariño pintaba,
y á mi esposo maldiciendo,
le llamaba calavera
y seductor... ¡Dios eterno,
qué hombre!... ¡Son lo mismo todos!

MAT. Todos, hija... todos ellos
mienten cuando les parece.
Si dejan de ser solteros,
es porque hallan resistencia
en sus infames proyectos,
y porque sólo casándose
lograrian sus deseos.
Casados, se fingen libres.
Esposa... mucho te quiero;
y en cuanto vuelven la esquina,
al primer buen pié ó buen cuerpo,
dan con su virtud al traste
y sí te ví no me acuerdo;

y es mucho si de la bellas
sólo se enamoran ciegos,
que de mil maridos sé
de muy buen gusto, que siendo
su mujer encantadora,
de buen cutis y albo seno,
de proporciones esbeltas
y de torneado cuello,
están perdidos de amor
por una mujer sin pelo,
de piés grandes, de ojos chicos,
de labios blancos y gruesos...
y gracias que no te deje
por alguna... yo me entiendo.

ELISA. ¿Pero en qué consiste, en qué
ese afan?

MAT. Vas á saberlo.
En la esposa siempre es malo
lo que en la querida es bueno.
Te casas, y eres delgada;
al año, y no te exagero,
cuantas gordas ve tu esposo
son su encanto y su embeleso.
Que eres gruesa. ¿Quién resiste
á una mujer de tal peso?
Si tienes lunares, dice:
«Los lunares son muy feos;
son manchas que desfiguran
el semblante más perfecto.»
Tiene otra granos, y exclama:
«¡Oh! ¡Qué lunares tan bellos!.. »
Tienes ojos negros, grandes:
«Esos ojos me dan miedo;»
ve los de otra: «A mí me gustan
los ojos grandes y negros.»
Y en fin, para concluir,
las faltas de todo el sexo
son encantos á sus ojos,
y tus encantos defectos;

tu mismo nombre se encuentra
á su inconstancia sujeto.
Primero dicen *¡mi vida!*
despues te llaman *mi dueño;*
á poco tiempo, *mi esposa;*
despues, *mi mujer*, y luego,
aquella aun no se ha vestido,
y á este *aquella*... acaba el cuento.

ELISA. Lo peor de todo es que
no se puede estar sin ellos.

MAT. Las caretas; aquí viene
(Se levantan y se ponen las caretas.)
mi marido; te le dejo:
veamos cómo te portas.

ELISA. Pero...

MAT. Ya sabes.

ELISA. Yo...

MAT. Vuelvo.

ESCENA IV.

ELISA y DON CARLOS por el foro.

CÁRLOS. Ella es, y estamos solos.

ELISA. (Estoy temblando de miedo.)

CÁRLOS. ¿Eres tú la que yo busco?

ELISA. (Valor.) Yo soy.

CÁRLOS. Cuánto tiempo
te he esperado... Cómo tardan
de tí los instantes lejos.

ELISA. (¡Habrá bribon!) ¿Sí? ¿De veras?

CÁRLOS. ¡Qué! ¡Lo dudas!

ELISA. No lo creo:
dirás á todas lo mismo.

CÁRLOS. Á las bellas... no lo niego;
pero nunca de tal modo
sentí latir en mi pecho
este corazon sensible.

ELISA. (Y tanto...)

CÁRLOS. Sola te encuentro
por mi dicha. Dí, ¿no quieres
que unas cuantas vueltas demos?
ELISA. No es de buen tono bailar,
segun me han contado.
CÁRLOS. Cierto:
venir á bailar á un baile,
¡oh! ¡si fuese en algun entierro!
ELISA. Estás de humor.
CÁRLOS. Como siempre;
y me veras más contento
si te quitas la careta
y ver tu semblante puedo.
ELISA. Tengo miedo de que vean....
CÁRLOS. Es de muy mal tono el miedo.
ELISA. Mi marido...
CÁRLOS. Tu marido...
está á estas hora durmiendo.
ELISA. ¿Tú le ves todos los dias?
CÁRLOS. Todos.
ELISA. ¿Y nunca te ha hecho
la pintura de su esposa?
CÁRLOS. Ni el más pequeño recuerdo
tiene de ella.
ELISA. ¡Fementido!
CÁRLOS. Buen dicho... En cambio, yo, tierno,
enamorado, me miro
á tus encantos sujeto.
ELISA. (¡Si no vendrá al baile!) Dí,
¿y le has dicho?...
CÁRLOS. Ni por pienso
le he hablado de tí. El te juzga
en Guadalajara, y creo
que te dejaria allí
por toda la vida.
ELISA. ¡Cielos!
CÁRLOS. ¡Qué es eso! ¿Te pones mala?
ELISA. Me ahogo.
CÁRLOS. Con ese lienzo

en la cara.
ELISA. Sí, mejor
será quitarme... (Se quita la careta.)
CÁRLOS. ¡Oh! ¡Qué cielo!
¡Estás bella!
ELISA. Note usted
que la careta no tengo,
y esa franqueza...
CÁRLOS. ¿Qué quieres?
¡El amor es indiscreto!
ELISA. (Haré lo que convinimos.)
CÁRLOS. Sentémonos á lo menos, (Se sientan.)
ya que pasear no quieres;
al ambigú subiremos.
ELISA. Basta...
CÁRLOS. No te enfades.
ELISA. Yo
lo haré si sigue el tuteo.
CÁRLOS. Derecho tiene mi amor...
ELISA. Pero no dí yo el derecho.
CÁRLOS. Como usted guste... Podré
esperar que llegue el tiempo
en que mi pasion premiando..
ELISA. ¡Son ustedes tan perversos
los hombres!...
CÁRLOS. (Ya capitula.)
ELISA. Inconstantes...
CÁRLOS. No lo niego.
Todo consiste en hallar
una que fije...
ELISA. ¿Y yo puedo
tener esa pretension?
CÁRLOS. ¿Quién mejor que usted?
ELISA. ¡Eh! ¡Quieto!
CÁRLOS. Si mi amor...
ELISA. Basta, ó me voy
y no vuelve á verme.
CÁRLOS. (¡Bueno,
despues será!)

ELISA. (Yo ninguna
prenda á propósito veo.)
CÁRLOS. ¿En qué piensa usted?
ELISA. Insisto
en su inconstancia.
CÁRLOS. Prometo...
ELISA. ¡Quién sabe si ese alfiler
que lleva usted en el pecho
será regalo de alguna!
CÁRLOS. (¡De mi mujer!) Ni por pienso.
ELISA. ¡Es bonito!
CÁRLOS. Así... así.
ELISA. Hechura de pensamiento.
Vea usté... puede que ella misma
le haya colocado.
CÁRLOS. (¡Cierto!)
¡No!...
ELISA. Si no fuera de alguna,
me lo ofreciera.
CÁRLOS. (Bien puedo
arriesgarme.) No, señora
(no querrá), y en prueba de ello,
tendré un placer en que admita
tan pobre don.
ELISA. Yo le acepto.
CÁRLOS. (¡Demonio... pues le ha tomado...
la niña es corta de genio!)
ELISA. Gracias mil. (Se levanta.)
CÁRLOS. No hay por qué darlas.
Qué puedo obtener en premio
de mi humildad?... (Se levanta.)
ELISA. ¿Qué? Mi mano
para bailar.
CÁRLOS. ¡Qué portento!
Yo la tomo con delirio,
y en ella la doy un beso.
ELISA. ¡Ay! ¡Caballero!...
CÁRLOS. ¡Señora!
ELISA. (¡Dios mio!) No nos veremos
ya más.

CÁRLOS. Es una injusticia...
Gente viene...
ELISA. Apenas puedo...
CÁRLOS. ¡Don Luis de Peralta aquí!
ELISA. (¡Mi marido... y de bracero
con Matilde!...) Por aquí.
CÁRLOS. Ella caerá... no hay remedio.

ESCENA V.

DON LUIS y MATILDE por el foro.

MAT. (Se han marchado.) ¿A qué me traes
por aquí?
LUIS. A que descansemos
lejos de la baraunda
del salon. Vaya, sentémonos,
y quítate la careta.
MAT. No puede ser, porque creo
haber visto á mi marido.
LUIS. ¿Tu marido? ¡Lindo empeño!
¡A estas horas estará
arropadito durmiendo!
MAT. ¿Me lo aseguras?
LUIS. Es claro.
MAT. Entonces... (Se quita la careta.)
LUIS. Bien haya el bello
porvenir que nos espera
juntitos... ¡Mozo! (Se sientan.)
MAT. ¡Silencio!
LUIS. ¿Qué, no quieres tomar nada?
MAT. Nada.
LUIS. Tu opinion respeto.
¿Sabes que estás esta noche
encantadora en extremo,
y que no he visto mujer
de rostro más hechicero?
MAT. ¿De veras?
LUIS. (Pues toma varas,

como dicen los polluelos.)
¿Y qué logrará mi amor
esta noche?

MAT. Yo no entiendo.
¿Es poco darle una cita
para un baile do podemos
estar juntos?

LUIS. ¡Phs! No es mucho.

MAT. ¿Qué más quiere usted?

LUIS. Primero,
que me tutees.

MAT. ¡Qué aprisa
ama usted!

LUIS. Yo amo corriendo.
¿Conque quieres?

MAT. Si no es más
tu ambicion, te la concedo.

LUIS. Es mucho más. (Acercándose.)

MAT. Quietecito...
vamos á ver...

LUIS. No te ruego
nada de extraño.

MAT. Yo soy
muy exigente.

LUIS. ¡Hola!

MAT. Quiero
que el hombre á quien yo prefiera,
sacrificios haga inmensos
por mi amor.

LUIS. ¿Qué no haré yo?

MAT. Lo primero, estarse quieto.

LUIS. Concedido.

MAT. Soy celosa,
muy celosa.

LUIS. ¡Hola!

MAT. ¡En extremo!

LUIS. ¡Hechicera cualidad!
Yo, pues, si tu amor obtengo,
juro no amar más que á tí
en mi vida.

MAT. (¡Habrá embustero!)
¡A cuántas dices lo mismo!
LUIS. Cómo (á todas las que veo)
te figuras...
MAT. ¿Quién te ha dado
esa sortija de pelo?
LUIS. (¡Demonio! ¡La de mi esposa!)
¡Esta!
MAT. No ocultes el dedo.
LUIS. ¡Ca, no!...
MAT. ¿De quién era el rizo?
LUIS. El rizo de mi cabello;
este pelo es pelo mio.
MAT. Tú tienes el pelo negro
y este es rubio.
LUIS. ¡Hombre! ¿Este es rubio?
¡No es extraño! Con el tiempo...
¡Ah! Ya sé... yo era muy rubio...
MAT. ¡Muy rubio!
LUIS. Muy rubio, y luego
se me ha vuelto tan oscuro...
MAT. Para probármelo, quiero
que me la dés.
LUIS. (¡Que la dé!...
¡Demonio!)
MAT. ¿Dudas? Ya veo
que es de mujer
LUIS. ¡Qué locura!
Mas ya ves, es un recuerdo
que guardo yo de mí mismo.
MAT. Y si yo guardarle quiero.
LUIS. ¡Ah! Entonces no digo yo
ese rizo tan pequeño;
toma toda la cabeza,
y me quedaré contento.
¿Y ahora?
MAT. (Se levanta.) No puedo estar más
contigo... Tal vez adentro
me estén buscando.

LUIS. (Idem.) ¿Despues
te veré?
MAT. Búscame luego.
LUIS. Pero marcharse tan pronto
y sin darme...
MAT. (Se pone la careta.) Adios... Secreto.
LUIS. Permíteme...
MAT. No me sigas.
LUIS. Adios.
MAT. Adios. (Por el foro.)
LUIS. ¡Qué buen cuerpo!

ESCENA VI.

DON LUIS.

LUIS. ¡Pues señor! La conquisté
desenvuelto y decidido,
mientras su pobre marido
duerme tranquilo en su fe.
¡Es mucho Cárlos!... Tan listo
preguntar por mi hechicera,
y no sospechar siquiera...
mal la hilaridad resisto.
¡En qué consiste, señor,
que en casándose un mortal
se vuelve tan animal...
tan marido... es de rigor!
¡Siempre temiendo un desliz,
se entrega á los más expertos,
se le engaña á ojos abiertos,
y los cierra el infeliz!
No todos, por vida mia,
se engañan de esa manera.
¡Oh! Si á mí me sucediera,
al punto lo advertiria.

ESCENA VII.

DON LUIS y DON CÁRLOS por el foro.

CÁRLOS. ¡Nada!... ¡Diantre! (Al ver á don Luis.)
LUIS. ¿Quién? ¡Demonio! (Al ver á don Cárlos)
¡Mi marido!
CÁRLOS. ¡Mi marido!
¡Tú en el baile! ¿A qué has venido?...
LUIS. ¡Hombre! ¿Y tú?
CÁRLOS. (¡Imbécil!)
LUIS. (¡Bolonio!)
Yo te hacia ya en la cama.
CÁRLOS. Yo te creia durmiendo.
LUIS. Pues ahí verás.
CÁRLOS. Y voy viendo.
LUIS. (Si tendrá tal vez escama...)
CÁRLOS. (Si le habrá dicho don Juan...)
¡Vaya, vaya!
LUIS. ¿Quién diria
que en el baile te veria?
(Voy á salir de este afan.)
Ingénuamente, los dos
queremos seguir la pista
á alguna nueva conquista,
sin testigos.
CÁRLOS. Sí, por Dios.
LUIS. Tal vez á la que dijiste,
seguiste.
CÁRLOS. La misma es.
Tú la que hallaste despues,
que como yo, la seguiste.
LUIS. Justo. (No sospecha nada.)
CÁRLOS. ¡Bravo! (Ni piensa siquiera...)
LUIS. ¿Y es muy bonita?
CÁRLOS. ¡Hechicera!
¿Y la tuya?
LUIS. Algo agraciada...
¿A este baile te citó?
CÁRLOS. Sí... ¿Y á tí?

LUIS. Lo mismo.
CÁRLOS. ¡Bien!
¡Hay un marido!
LUIS. Tambien
tengo otro marido yo.
CÁRLOS. Yo tu conducta no afeo,
pero como estás casado...
¿Qué pensarás si engañado
fueses tambien?
LUIS. No lo creo.
CÁRLOS. (Así son todos.)
LUIS. Mi Elisa
es una esposa algo rara,
que vive en Guadalajara,
y sólo sale á oir misa.
Pero tú, gran camastron,
embustero solapado,
que estando, cual yo, casado.
te precias de solteron.
CÁRLOS. ¡Cómo!
LUIS. ¡Justo es que me arguya
cuando él en esta sala!...
Si mi conducta es tan mala,
¿por qué no arreglas la tuya?
CÁRLOS. Conque... sabes...
LUIS. ¡Todo!
CÁRLOS. ¡Todo!
¿Y quién diablos te contó
que estaba casado yo?
LUIS. Lo supe de un raro modo.
En el Suizo mismo, ayer,
donde con hablar se goza,
un jóven de Zaragoza
hablaba de tu mujer.
CÁRLOS. De mi...
LUIS. Tu infamia no labra.
Sólo dijo que vivia
en soledad.
CÁRLOS. ¿Y su tia?...

LUIS. No me dijo una palabra.
CÁRLOS. Pues no la conoce bien.
LUIS. Y ahora que juntos estamos,
seamos francos.
CÁRLOS. Seamos:
yo lo seré.
LUIS. Y yo tambien.
Los dos con harta prudencia,
jóvenes y caballeros,
pasamos hoy por solteros.
CÁRLOS. ¡Extraña coincidencia!
LUIS. Cuéntame, pues, la razon
de por qué con mujer bella
separado, ausente de ella,
ocultas tu posicion.
(Con eso sé algun secreto
que con ella haré valer.)
CÁRLOS. (El... así con su mujer,
será el triunfo más completo.)
LUIS. Tengo tiempo hasta las tres,
que en el salon me citó.
CÁRLOS. A igual hora tengo yo
que verla.
LUIS. Hablemos.
CÁRLOS. Eso es.
¿Conque quieres que te diga
por qué en Madrid?...
LUIS. Justamente.
CÁRLOS. Tú harás lo mismo.
LUIS. Corriente.
Mi franqueza así te obliga.
CÁRLOS. Fuí á Zaragoza empleado
con un destino no humilde,
y al ver un dia á Matilde
quedé de ella enamorado.
La conocí, la traté,
la hallé jovial y discreta,
y una caterva indiscreta
de ella enamorado hallé.

LUIS. ¡Hola!
CÁRLOS. Celoso quizá,
y por no sufrir reveses,
le hablé al alma... A los dos meses
éramos esposos ya.
Inmensa fué mi alegría,
su amor puro y verdadero;
pero dejé en el tintero
una tia... ¡Ay, Dios, qué tia!...
Así mi suerte lo quiso.
porque sin doña Tomasa,
hubiera sido mi casa
un segundo paraiso.
Paraiso fué realmente,
y te voy á dar la prueba:
de este Adan y aquella Eva,
la tia era la serpiente.
Siempre en chismes y en enredos,
al ver la desgracia mia,
la daba tal alegría
que se chupaba los dedos...
«¿Por qué te vistes tan pronto?
»¿Por qué te acuestas tan tarde?
»Tu mujer es muy cobarde.
»Y tu maridito un tonto...»
Si yo saludaba á alguna,
«Tu marido te es infiel,»
y aquella luna de miel
fué del acíbar la luna.
Tanto en murmurar se goza,
ó se gozaba á su modo,
que me puso mal con todo
el pueblo de Zaragoza.
Por sus endiablados líos
y sus locas imprudencias,
tuve cincuenta pendencias
y catorce desafíos.
Tal era mi suerte impía,
que exclamé con ánsias negras:

«¡Señor, mándame diez suegras,
»pero llévate á esta tia!»
Ya se agotó mi paciencia,
á todas horas probada,
y sin explicarlas nada
me metí en la diligencia.
Vengan desdichas sin tasa;
nada me importa arruinarme,
si al fin puedo contemplarme
libre de doña Tomasa.
No hacen impresion en mí
cien maridos á porfía,
pero en oliendo una tia,
no paro hasta Chamberí.
Y aunque haya tias tambien
que no son de aquel calibre,
Dios de las tias me libre
por siempre jamás, amén.

LUIS. Escuché tu relacion,
y mucho me ha hecho reir;
para mejor concluir,
ahí va la mia, atencion:
En un convento educada
la esposa que yo elegí,
bella y jóven, se unió á mí
sin saber del amor nada.
De tal modo mis caricias
hirieron su pecho fiel,
que fué mi luna de miel
una luna de delicias.
No era amor, era locura;
enamorada y ardiente,
estaba contínuamente
brindándome su hermosura.
Ave en la jaula encerrada
desde su primer aliento,
sin tener más pensamiento
que su prision adornada,
que sin pena y sin afan,

viviendo alegre y gozosa,
sólo sabe que es hermosa
por los besos que la dan.
Ave que de pronto abierta
su prision, sale y avanza,
y á los espacios se lanza
y á volar casi no acierta.
Que pasa la altiva cumbre,
que cruza el ameno prado,
y ve un placer ignorado
en su misma incertidumbre;
que en su intranquilo volar,
si en un arroyo se mira,
cuanto más ambiente aspira,
más aire quiere aspirar;
que al ver la vida tan bella,
si un águila la persigue,
cansaria á quien la sigue
sin cansarse jamás ella;
así mi Elisa se lanza,
y anhelante y aturdida,
nació al aire de la vida
en alas de su esperanza.
Pero...

CÁRLOS. El pero es mi agonía.

LUIS. Yo esperaba, y con razon,
del vuelo la conclusion,
y el vuelo no concluia...
Y pasó un mes y otro mes
en deliciosos instantes,
y si mucho me amó antes,
más me queria despues.
¡Bien mio! ¡Mi caro esposo!
¿Estás malo? Algo tardaste...
¡Oh! ¡Qué tarde te acostaste!...
¡Necesitas más reposo!
Ella de almorzar me daba;
ella hasta el pan me partia,
y este pan de cada dia

me aturdia, me cansaba.
En vano yo la indiqué
que el amor es cosa buena,
mas que tambien envenena
como sin tino se dé.
Ella lloró su querella,
y se afligió como un niño;
como aquella era cariño,
hice las paces con ella;
pero volvió la pasion,
y el cuidado, y el tormento.
No estaba libre un momento
de aquella persecucion.
Que ¿quién sufre á troche y moche,
aunque uno no tenga gana,
cariño por la mañana
y cariño por la noche?...
Cual tú, perdí la paciencia
al ver amor tan constante,
y comprendí que el calmante
mejor seria la ausencia.
Fingí un necesario asunto;
inventé cuatro ó seis cuentos,
y á pesar de sus lamentos,
me vine á Madrid al punto.
Y estoy muy contento aquí,
que si por amor me ofusco,
yo me divierto y le busco,
mas no me busca él á mí.
Si sigo allí, muero de asma,
ó no cumplo como esposo,
porque amor tan pegajoso
¡era, no amor, cataplasma!

CÁRLOS. Tambien me agradó tu historia:
pero, es tarde.

LUIS. Verdad es;
ya nos veremos despues.

CÁRLOS. (Venzo.) (Se va por el foro.)

LUIS. (Puerta derecha.) (Mia es la victoria.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, en completo desórden por el foro.

JUAN. ¡Uf!... ¡Qué silba, Dios eterno!
¡Qué granizada de pullas!
Ya me tiran del gaban.
Ya me quitan la peluca.
¿Qué habia de suceder?
Mi mujer tiene la culpa.
¡Se empeña en que baile yo...
que no he vuelto á bailar nunca
desde el tiempo que se usaba
la gabota y la cachucha!
Ya se ve, al tercer acorde
de la tal polka mazourka,
mis piés pierden el compás
y mi cabeza se ofusca:
yo hago el paso del fandango;
ya con espantosa furia
llevo á rastras á mi cónyuge
por entre la alegre turba,
que con locas carcajadas
más me aturde y me aturulla.
Pego un pisoton á un suizo,
y por no caer de nuca,
sin saber qué hacer, me agarro
al turbante de una turca.
¡Aquí es ella! Un indio bravo,
que lances y duelos busca,
del primer embite, me hace
andar media legua justa,
y vengo á caer, llevando
á mi consorte confusa,
entre una humilde beata
y un hijo de Motezuma.
Yo me destrozo la cara,
y mi mujer ¡desventura!
¡enseña al público cosas

que no debia ver nunca!
Crece la zambra y la gresca,
el sombrero me apabullan,
me bautizan con mil motes,
me aplastan, me desfiguran,
y de un corro en otro corro,
desde un sofá hasta una estufa,
ya arrastrando cual culebra,
ya en un pié como las grullas,
llego á este salon, que ha sido
mi salvacion, mi ventura...
¡Adios... me escapo, me escurro,
que si me ve alguna bruja,
ó un aguacil me echa el guante,
ó algun moro me columbra,
van hacer de mi pellejo
panderetas y bandurrias! (Se va por el foro.)

ESCENA IX.

DON LUIS y DON CÁRLOS.

LUIS. (Puerta izquierda.) ¿Por qué me dice que aquí
venga al instante, y me da
este alfiler y se va?...
¿Qué es lo que quiere de mí?
Como la dí la sortija,
me quiso hacer un regalo.
Vaya con Dios... y no es malo...
no hay razon porque me aflija.
(Se lo coloca al espejo.)

CÁRLOS. Dice que al punto vendrá (Por el foro.)
para hablarme, á este salon,
y sin más explicacion
me da esta prenda y se va.
¡Oh! ¡Quién será el importuno!

LUIS. ¡Qué veo! ¡Maldito encuentro!
¿No te esperan por adentro?

CÁRLOS. No; ¿y á tí nadie?

LUIS. Ninguno...
CÁRLOS. El caso es, ingénuamente,
que me ha citado.
LUIS. Y á mí.
CÁRLOS. ¿Para aquí?
LUIS. Sí, para aquí.
CÁRLOS. Entonces es diferente...
Tambien es casualidad...
LUIS. Cierto... y no atino por qué.
CÁRLOS. (¡Vaya un compromiso!)
LUIS. ¿Qué?
CÁRLOS. Nada.
LUIS. (¡Qué fatalidad!
Si pudiera...)
CÁRLOS. Aunque te aflija,
aquí he de estar.
LUIS. ¿Y qué hacer?
CÁRLOS. ¡Yo conozco ese alfiler!...
(Señalando al pecho de don Luis.)
LUIS. ¡Demonio! Y yo esta sortija.
(Agarrándole el dedo.)
CÁRLOS. Yo á la mia se la dí.
LUIS. Pues la mia me le dió.
CÁRLOS. Pues no lo entiendo.
LUIS. Ni yo.
CÁRLOS. ¿La viste la cara?
LUIS. Sí.

(Matilde y Elisa entran por el fondo con los dominós cambiados, y sin que ellos las vean, bajan y se sientan cada una en un sillon al lado de su marido. Esto es, Matilde al lado de don Cárlos, y Elisa al de don Luis, pero con la careta puesta.)

CÁRLOS. ¡Mi agitacion es inmensa!
LUIS. Y ella te dió...
CÁRLOS. La sortija. (Tosen las dos.)
LUIS. Será forzoso que exija...
CÁRLOS. Chico, permite...
LUIS. Dispensa.

(Don Cárlos se va al lado de Matilde y don Luis al de Elisa.)

ESCENA X.

DICHOS, ELISA y MATILDE.

ELISA. El momento llegó ya. (Aparte.)
MAT. Finjamos. (Idem.)
CÁRLOS. (A Matilde.) Señora, quiero...
LUIS. Que me explique usted espero... (A Elisa.)
ELISA. (Aparte á don Cárlos, señalando á don Luis.)
¡Mi esposo!
MAT. (Idem á don Luis, señalando á don Cárlos.)
¡Mi esposo!
LAS DOS. ¡Ah!
(Las dos fingen á un tiempo que se desmayan.)
LUIS. (¡Cielos! Se desmaya aquí.)
CÁRLOS. (¡Y se desmaya ante él!)
LUIS. ¿Qué es eso?
CÁRLOS. ¡Lance cruel!
LUIS. Se ha desmayado.
CÁRLOS. Sí.
LUIS. Sí.
(¡Cómo evitar que la vea!)
(Tapándola con los faldones del frac.)
CÁRLOS. (¡Cómo hacer que no la mire!) (Idem.)
LUIS. Lo primero es que respire...
CÁRLOS. Aire es lo que ella desea.
LUIS. (¡Señora, buena ocasion!)
CÁRLOS. (¡Bonito lance... señora!...)
LOS DOS. ¡La careta!
LUIS. Ahora.
CÁRLOS. ¡Ahora!
LUIS. Mas... discrecion. (Bajando al proscenio.)
CÁRLOS. Discrecion. (Idem.)
LUIS. Ninguno aquí debe ver.
CÁRLOS. No, nadie debe mirar.
LUIS. (Tal vez se podrá evitar.)
LOS DOS. ¡Oh!...
(Quitándolas las caretas y reconociéndolas.)

LUIS. ¡Mi mujer!...

CÁRLOS. ¡¡Mi mujer!!

(Los dos deben quedarse de rodillas ó en la postura violenta en que les haya cogido la accion. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y ANITA.

JUAN. ¡Me levanto, me sublevo!
ANITA. ¡Juanito!
JUAN. Me insurrecciono.
Soy libre, y en el derecho
de la libertad me apoyo;
levanto con mano fuerte
el pendon santo y glorioso
de la independencia. España,
á Dios gracias, no es el Congo.
No más zambras, no más bailes,
no más grescas ni alborotos.
Soy el jefe de mi casa,
y en ella mando yo solo.—
De Dios el hombre es imágen,
y la mujer del demonio;
así lo dicen los sabios
y lo afirman los teólogos.
Conque, lo dicho, y si acaso
vuelves hoy á tus antojos,
me defenderán las leyes
y algun párrafo del código,
y despues apele usted

si quiere á Pilatos Poncio.

ANITA. ¿Conque es decir?...

JUAN. Es decir,
que hasta hoy he sido un tonto
que he dejado que me mande
mi mujer, su amiga, el prójimo,
y que cansado de ser
un estúpido de á fólio,
seré un Neron, un Calígula,
ya que no me quieres Rómulo.

ANITA. En mi vida he visto un hombre
de entendimiento más romo.

JUAN. Romo, ó chato, ó narigudo,
mi nariz importa poco.
Conque, ¡que despejen esas
señoras mi casa pronto!
¡Largo, á escardar cebollinos!
A su pueblo, á su villorrio,
y si no tienen dinero
para su sustento propio,
que se pongan á horchateras,
ó á prenderas, ó á demonios.

ANITA. No se irán, y yo lo mando,
y á tus deseos me opongo,
y te abrumaré á pellizcos,
y nos oirán los sordos,
y no verás en tu vida
de un napoleon el rostro.

JUAN. ¡Huy! Pero mujer...

ANITA. Si ayer
al bailar fuistes un topo,
culpa es tuya, que no mia.
Si tu rostro es el de Momo;
si tu figura es ridícula,
culpa es del que lo hizo todo,
que así como hizo las chinches,
hizo los hombres bolonios.

JUAN. Conque es decir...

ANITA. Es decir,

que si una vez me incomodo...
JUAN. Entendido... vuelvo á ser
lo que he sido... polvo... polvo...

ESCENA II.

DICHOS, ELISA y MATILDE, por la puerta principal de la izquierda.

ANITA. ¡Silencio! (Aparte á don Juan.)
JUAN. *¡Nihil scitur!*
como dijo bien el otro.
MAT. ¿Qué pasa?
ANITA. ¿Qué ha de pasar?
Mi marido...
MAT. ¡Qué alboroto!
JUAN. ¡Eso es, me riñen porque
en mi casa...
MAT. ¡Qué buen modo
tuvo usted de ser galante!
Allí escuchando piropos,
expuestas á que cualquiera
nos insultara...
JUAN. *¡Ecce homo!*
MAT. ¡Qué prisas para marcharse!
ELISA. Si no es por usted, que apoyo
nos dió... á armar iban allí
una los dos...
ANITA. Lo supongo.
¿Y qué dijeron al verse
con las dos?
MAT. Susto más gordo
no le han llevado en la vida.
Nuestro desmayo fué corto;
que si llega á durar más,
á carcajadas me ahogo.
JUAN. ¿Se desmayaron ustedes? (Con alegría.)
El cielo escuchó mis votos.
ELISA. No; fué un desmayo fingido.

JUAN. ¡Se desmayan á propósito!
Aprended, hombres, aquí;
creed en esos soponcios.
ANITA. Y ahora, ¿qué piensas hacer? (A Matilde.)
MAT. Vendrá aquí, y habrá modo
de que vean la razon.
(Anita se va al balcon.)
ELISA. ¿Pero qué dirá mi esposo?
Yo lo hice todo por tí;
yo no conocia al otro.
MAT. Si quieres verle á tus piés,
obedéceme hoy en todo.
Ten firmeza.
ANITA. (Bajando.) ¡Dios eterno!
Tu marido como un loco
entra en el portal.
MAT. Lo dicho.
Yo estoy cerca.
ANITA. ¡Juan!
JUAN. ¡Qué oigo!
¿Nueva gresca?
ANITA. Ven conmigo.
JUAN. ¡Yo!...
ANITA. Silencio.
JUAN. Callo.
ANITA. Pronto.
Si ocurre al...
JUAN. Ese hombre es memo
si no la raja el esófago.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

ELISA.

ELISA. Préstame valor, ¡Dios mio!
mi suerte en tus manos pongo;
devuélveme, como es justo,
el cariño de mi esposo.

ESCENA IV.

DON LUIS y ELISA.

ELISA. (¡Estoy temblando!)
LUIS. (Por el foro derecha.) (Ella es.)
ELISA. (No entra.)
LUIS. (Con el sombrero puesto.) (¡Mira de reojo!
No sabré ocultar mi enojo.)
Señora... (Se acerca y la da un grito.)
ELISA. ¡Ay!
LUIS. Beso sus piés.
ELISA. Caballero...
LUIS. Servidor.
ELISA. ¿Busca usted?...
LUIS. A usted.
ELISA. ¿A mí?
LUIS. (Y está muy guapa, eso sí.)
ELISA. Pues yo no tengo el honor...
LUIS. ¡Cómo!...
ELISA. Conocer no creo...
LUIS. Basta de fingir, señora.
ELISA. ¡Cómo de fingir, si ahora
por primera vez le veo!
LUIS. Elisa... no... esto es mejor;
(Coge una silla y la coloca al lado de Elisa, que se ha sentado.)
yo... estoy aquí. (Se sienta.)
ELISA. Ya lo he visto.
LUIS. ¡Yo no sé cómo resisto!...
ELISA. ¿Está usted malo?...
LUIS. ¡De horror!
ELISA. ¡Jesus! ¿Le causo tal miedo?
LUIS. ¿Por qué coincidencia rara
no está usté en Guadalajara?
ELISA. Decírselo á usted no puedo.
Asunto es particular,
y usted no debe saber
secretos que una mujer

se empeña en no revelar.
LUIS. Es que yo tengo derecho...
ELISA. No entiendo.
LUIS. Basta de broma.
ELISA. ¡Ja, ja, ja!
LUIS. ¡A risa lo toma!
ELISA. Lo mismo hubiera usted hecho.
¿Quién es usted para mí
si no le conozco yo?
LUIS. ¿Que no me conoce?
ELISA. No.
LUIS. Míreme usted.
ELISA. Ahora sí;
de vista, justo, y de fama.
Usted es don Luis de Amato,
y me ha hecho ayer su retrato
con gran verdad una dama.
Casado es usted, y olvida
á su esposa desdichada,
y lleva usted disipada,
alegre y dichosa vida.
Usted es el que enamora
á cuantas mujeres ve:
á la vieja, porque fué;
á la niña, porque ignora.
Usted, que en loca porfía,
tiene de dicha en tributo
un amor cada minuto,
una mujer cada dia.
Usted, que su hacienda gasta
cuanto en amores recobra,
á quien tanto amor le sobra
como caudal no le basta.
Usted, que tiene en sus listas
tantas damas sin conciencia,
que mide de su existencia
las horas por sus conquistas.
Usted es quien descompuesto
está, cuando hablarme quiso,

sentado, sin mi permiso,
(Se levanta don Luis.)
y con el sombrero puesto. (Se le quita.)
Usted, que viene á buscar
á esta casa otra mujer,
y se la voy á traer
para no hacerle esperar.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

DON LUIS.

LUIS. ¡Uf, uf, uf! ¡Ya es demasiado! (Paseándose.)
¡Y con qué resolucion!
¡Si querrá tener razon
despues de haberme engañado!
¡Fuera lance divertido
y cosa digna de ver
que faltara una mujer
porque ha faltado el marido!
¿Dónde se vió cosa tal,
aunque haya injuria ó desden?
Que el hombre falte... muy bien;
pero la mujer... muy mal.

ESCENA VI.

DICHO y MATILDE, por la puerta izquierda.

MAT. Adios, don Luis.
LUIS. (¡Ay! ¡La otra!
¡En qué Belen me he metido!)
MAT. Tenia gana de verle.
¿Y usted?...
LUIS. ¿Yo? Lo mismo digo.
(Bonita está la madera
para hacer cucharas. ¡Cristo

me valga!)

MAT. ¿Qué tiene usted?

LUIS. ¡Una friolera!

MAT. ¿No excito
hoy como ayer su entusiasmo?

LUIS. ¡Oh! Sí, señora, lo mismo;
pero despues de las máscaras,
se queda el cuerpo rendido
y no tiene uno gran gana
de cita ni de aforismos.

MAT. ¿No vió usted qué escena anoche?

LUIS. Mucho; pero no me explico
á qué fué cambiar de traje,
temiéndose, y con motivo,
que la viera á cada una
su respectivo marido.

MAT. Es que no me figuraba
que con Elisa, Carlitos
estuviera; ni ella misma
que usté estuviese conmigo.

LUIS. Pero diga usted, ¿Elisa
acepta su amor?

MAT. Me admiro
de tal pregunta; está claro.

LUIS. ¡Válgame Cornelio Agripo!

MAT. ¿No he aceptado yo el de usted?

LUIS. Es cierto...

MAT. ¿Por qué tan frio
está usted conmigo hoy?

LUIS. (Pues, señor, será preciso
sonsacarla.) Ca, no tal;
siempre la amo á usted rendido,
enamorado y ardiente.

MAT. ¡Oh! Lo celebro infinito.

LUIS. Ahora ya comprendo el cambio
del alfiler y... ¡Dios mio!

MAT. Ya veo que usted no me ama,
que era su afecto fingido.

LUIS. ¡Qué disparate! Ese rostro,

á la aurora parecido,
cuyos ojos nacarados
y cuyos labios de armiño,
los dientes negros, rasgados,
y es claro... ¡El la habrá metido
en la cabeza mil pestes
de mi persona! ¡Magnífico!

MAT. Pero, ¿qué está usted diciendo?

LUIS. ¿Y lo sé acaso yo mismo?
Que la amo á ella con locura,
que la amo á usted con delirio,
que él... y que ella, y... los y las...
y por eso y por lo mismo...
en vista de... y al fin y al cabo...
me parece que me explico...

MAT. No se puede decir más.

LUIS. (¡Se está burlando!... Bonito
papel hago... Yo no sé
cómo salir.)

MAT. (¡Pobrecillo!)

LUIS. Y dígame usted, señora,
¿cuándo Elisa ha conocido
á Cárlos?... Por gusto sólo
de saber...

MAT. Ya lo imagino.
Hace mucho tiempo.

LUIS. ¡Cáscaras!
¿Conque el negocio es antiguo?

MAT. ¿Pero qué le importa á usted?
Si su mujer ha querido
imitarle, si yo le amo...

LUIS. Nada, no me importa un pito.
Puede un hombre perdonar
faltas de amor, convenido;
pero nunca se tolera
que le pongan en ridículo.
Y yo lo estoy, sí, señora;
cuando encuentre á algun amigo
que con cualquiera se pare...

y empiece con secretitos,
me figuraré que entrambos
se rien de mi indivíduo.
Cuando alguno me señale,
tendré que mirar de fijo
si sacó sólo dos dedos
ó sacó todos los cinco.
Si me miran, ¡caracoles!
si se sonrien, me irrito,
y voy á vivir sobre áscuas
pidiendo á Santo Toribio,
no, á San Lúcas, no, á San Márcos,
que me mande un tabardillo.
Ya ve usted mi posicion;
esto no puedo sufrirlo,
y buscaré al seductor,
y le armaré un desafío,
y le romperé la crisma
como tres y dos son cinco.

MAT. Se guardará usted muy bien;
ese hombre es mi marido,
y no quiero que le rompan
nada, porque todo es mio...

LUIS. No puedo más; ¡yo me ahogo!
me va á dar un paroxismo.

MAT. (Creo que la broma basta.)

LUIS. Huya usted, se lo suplico.
(Se deja caer en una butaca.)

ESCENA VII.

DICHOS y DON CÁRLOS, entrando de repente.

CARLOS. ¿Está usted aquí? Me alegro.

MAT. Yo lo celebro infinito.

CÁRLOS. Diga usted, señora mia,
¿sabe usted quién soy?

MAT. No atino.

CÁRLOS. Nada de farsa; yo soy
su esposo de usted.

MAT. Lo afirmo.
CÁRLOS. Usted, sin decirme nada,
de Zaragoza ha venido,
trayendo probablemente
á su tia archi-vestiglo.
MAT. ¿Qué me quiere usted decir?
CÁRLOS. Ella la habrá á usté inducido
á que busque un nuevo amor
no bastando con el mio.
Pero ella, y usted, y el tal
seductor, infame, inícuo,
sufrirán mi justa cólera.
MAT. Caballero, no adivino...
yo no le conozco á usted.
CÁRLOS. ¡Esta es más negra!
MAT. He sabido
que usted ama á otra mujer,
y pues que con ella vivo,
voy á llamarla.
CÁRLOS. Señora,
usted no querrá...
MAT. Lo dicho.
¡Elisa!
CÁRLOS. ¡Voto á mil bombas!
No la llame usted.
MAT. Insisto.
¡Elisa!
CÁRLOS. ¡Se va á armar buena!
¡Estrepitoso conflicto!
Calle usted.

ESCENA VIII.

DICHOS y ELISA, por la puerta izquierda.

ELISA. Aquí me tienes.
CÁRLOS. Se desplomó el edificio.
MAT. Este caballero quiere
hablar sin duda contigo.

CÁRLOS. ¡Señora!...
ELISA. Estaba esperando
su llegada.
CÁRLOS. (¡Adios!)
LUIS. (Se levanta y se acerca.) ¡Qué miro!
¡Mi mujer y con su amante!...
ELISA. Me habia usted prometido
venir hoy á verme.
CÁRLOS. Yo...
MAT. Ya lo ve usted. (A don Cárlos.)
LUIS. Yo prohibo
que le hable usted. (A Elisa.)
ELISA. Usted tiene
á Matilde. (A don Luis.)
CÁRLOS. ¡Vaya un lío!
Usté es mi mujer. (A Matilde.)
LUIS. Y usted
es mi esposa. (A Elisa.)
MAT. ¡Desatino!
Yo amo á don Luis.
LUIS. A buen tiempo.
ELISA. Yo á don Cárlos.
CÁRLOS. ¡Vaya un pico!
LUIS. Basta de enredos, señoras.
MAT. ¡Ah! ¿Qué es eso? ¿Ahora salimos
conque tampoco me quiere?
Pues entonces me retiro.
CÁRLOS. No señor; yo á esta señora
no la quiero, no la he visto.
ELISA. Entonces me voy.
LUIS. No tal.
MAT. Señores... (Pausa.)
LUIS. Nada hay perdido.
Dignidad... Hasta la vista.
ELISA. Beso á ustedes...
CÁRLOS. Yo lo mismo.
ELISA. (De buena gana le daba
un abrazo.)
CÁRLOS. Me despido

de ustedes; me voy.
MAT. Buen viaje...
¡Adios!
CÁRLOS. ¡Nos hemos lucido!

ESCENA IX.

DON LUIS y DON CÁRLOS.

LUIS. ¡Muy bien! (Paseándose.)
CÁRLOS. ¡Muy bien! (Idem.)
LUIS. ¿Y qué?
CÁRLOS. ¿Y qué?
LUIS. Que esto no puede durar.
CÁRLOS. Sí; debemos terminar.
LUIS. Terminaremos.
CÁRLOS. Sí á fe.
LUIS. Eso es; tenga usted amigos.
CÁRLOS. Eso mismo digo yo.
LUIS. Serán del que los buscó
los mayores enemigos.
CÁRLOS. Justo.
LUIS. Cabal.
CÁRLOS. Eso es.
LUIS. Ahorraremos los instantes.
CÁRLOS. Matémonos cuanto antes.
LUIS. Sí, y hablaremos despues.
CÁRLOS. Tenga usted, amigo, esposa...
por buenas ó malas artes,
la seguirá á todas partes,
la seducirá... no es cosa.
Ya se ve, estos calaveras,
tan comunes en el dia,
cifran toda su alegría
en sus conquistas arteras.
El objeto es aumentar
el catálogo amoroso
y los deberes de esposo,
y de hombre honrado, olvidar.

Es tan inmenso su amor,
que enamoran siendo bellas,
jóvenes, viudas, doncellas,
hasta casadas... ¡Qué horror!
Sin mirar que Dios mañana
los castigará lo mismo,
olvidan... el catecismo
de la Doctrina cristiana.
Para ellos no hay religion,
deberes, justicia, rey;
es su capricho la ley
de su infame corazon.
Sigan con su mente inquieta
esos hombres tan malditos;
ya purgarán sus delitos
el dia de la trompeta.

LUIS. ¡Oh! ¡Calavera insensato
que tales males predice,
sin saber lo que se dice
está haciendo su retrato!
Eres tú, por Belcebú,
el que pintas con horror;
tú eres sólo el seductor.

CÁRLOS. No, que eres tú.

LUIS. Tú.

CÁRLOS. Tú.

LUIS. Tú.

CÁRLOS. Que calle tu lengua impía.

LUIS. Cese tu afan obcecado.

CÁRLOS. Tú á la mia has engañado.

LUIS. Tú has seducido á la mia.

CÁRLOS. Armas.

LUIS. La pistola, el sable,
el fusil, la culebrina.

CÁRLOS. Tu cabeza desatina.

LUIS. No quiero que nadie me hable.
Sitio.

CÁRLOS. Cualquiera es igual;
la calle si te da gana,

ó la Fuente Castellana,
ó el Retiro, ó el Canal.

LUIS. A cualquier hora; á las tres,
á las cuatro, ó á las doce,
con tal de que te destroce
trozo á trozo; lo mismo es. (Pausa.)

CÁRLOS. Igual es nuestra razon.

LUIS. ¿A qué ese duelo chistoso?

CÁRLOS. Estamos haciendo el oso.

LUIS. Tocamos el violon.

CÁRLOS. Entonces...

LUIS. No quiero hablar.

CÁRLOS. ¿Y te vas con tal presteza?

LUIS. Tengo mala la cabeza
y me voy á pasear.

CÁRLOS. Quédate, y corre el albur.

LUIS. Yo para chanzas no estoy.

CÁRLOS. Yo me quedo.

LUIS. Yo me voy.

CÁRLOS. Hasta luego.

LUIS. Abur. (Váse por el foro.)

CÁRLOS. Abur.

ESCENA X.

DON CÁRLOS.

CÁRLOS. Si él no hubiese adelantado
en su espantoso designio
mas que yo con su mujer,
ya era el caso muy distinto;
pero si, como supongo,
más dichoso que yo ha sido,
soy infeliz, y... lo otro
por los siglos de los siglos.

ESCENA XI.

DICHO y MATILDE, por la puerta izquierda.

MAT. (Solo está.)

CÁRLOS. (¡Mi mujer es!

Veamos si con prudencia...)
MAT. (Valor, que tenga paciencia.)
CÁRLOS. (Tú la pagarás despues.)
MAT. ¿Y don Luis?
CÁRLOS. No más, por Dios,
me hagas sufrir tal tortura,
ya que ahora, por ventura,
estamos solos dos.
MAT. ¿Luego quiere usted hablarme?
CÁRLOS. Deja el usted enojoso
y mira que soy tu esposo.
MAT. ¿Y vienes á enamorarme?
CÁRLOS. ¡Vengo á salir de una duda
fatal... horrible... insensata;
una duda que me mata
si es que en realidad se muda!
¿Amas á don Luis?
MAT. No sé
cómo debo contestar
á quien me supo ultrajar
dando á otra mujer su fe.
CÁRLOS. Yo confieso que hice mal,
que he olvidado tus encantos;
mas contesta por los santos
de la córte celestial.
MAT. ¿Fuera acaso maravilla
que una vez que me olvidaste,
y con tu desden sembraste
de discordia la semilla,
fuera acaso lance extraño
que yo olvidado te hubiera?
CÁRLOS. No lo fuera, no lo fuera,
pero me hiciera gran daño.
Y yo sufriré tu homilía...
MAT. Oyeme hasta el fin, y calla.
¿Tan mal un hombre se halla
al lado de su familia?
¿Tan poco atractivo tiene
el lazo matrimonial,

que con afan criminal
le rompe si le conviene?
Si así el marido abandona
á quien debe proteger,
¿qué espera de la mujer
si su falta no perdona,
qué extraño que de los dos
parecido sea el delito?

CÁRLOS. Sí; todo eso es muy bonito.
Pero contesta, por Dios.
¿Amas á don Luis?

MAT. Pudiera.

CÁRLOS. ¡Cielos!...

MAT. Pero soy honrada.

CÁRLOS. Termina pues, desdichada.

MAT. Menos entonces lo fuera.

CÁRLOS. Tú no...

MAT. ¿Y pudiste creer?...

CÁRLOS. Conque...

MAT. Sólo á tí te he amado.

CÁRLOS. ¡Huy! ¡Qué peso me has quitado!
Dios te lo pague, mujer.

MAT. Era ya plan convenido
con su mujer.

CÁRLOS. ¡Ay, qué mona!

MAT. Si tu esposa te perdona,
es porque infame no ha sido.

CÁRLOS. ¡Y yo hice tales excesos!

MAT. ¿Volverás á amarme, dí?

CÁRLOS. Si no hubiera nadie aquí,
yo me la comia á besos.
¡Perdon! (Se arrodilla.)

MAT. Levanta, bien mio.

CÁRLOS. Todo mi sér se remoza.

MAT. Iremos á Zaragoza.

CÁRLOS. ¡A Zaragoza! ¡Hado impío!
Iria de buena gana,
pero á Zaragoza no.

MAT. ¿Por qué?

CÁRLOS. Tu tia...
MAT. Murió.
CÁRLOS. Hossanna, Señor, hossanna.
(Con un grito de gozo.)
Iremos al fin del mundo,
y juro amarte de hoy más.
MAT. Sin ser otra vez....
CÁRLOS. Jamás,
que en la experiencia me fundo.
MAT. Quiero que las gracias dés
á quien me admitió en su casa.
CÁRLOS. *Requiescant*, doña Tomasa.
MAT. El brazo.
CÁRLOS. ¡Qué mona es!

ESCENA XII.

DON LUIS, por la puerta del fondo, con el sombrero hasta las cejas.

LUIS. Quiero huir, y no me voy;
quiero quedarme, y me ausento.
Vamos, no sé lo que siento,
lo que fuí, ni lo que soy...
¡Pérfida! ¡No quiero hablarla!
¡Tanto amor... constancia tal
ha de vencer un rival...
fuera cosa de matarla!...
Ella sale... Dios me ayude.

ESCENA XIII.

DICHO y ELISA, por la puerta izquierda.

ELISA. (Allí está. Fingir quisiera,
pero no puedo. Dios quiera
que de la verdad no dude.)
¿Luis?...
LUIS. ¿Elisa?
ELISA. ¿Has vuelto ya?
LUIS. Sí.

ELISA. Yo tambien.
LUIS. Ya lo veo.
ELISA. (Mal oculto mi deseo.)
¿Quieres hablarme?
LUIS. Quizá;
siéntate... aquí... al lado mio.
¡Qué es eso! ¿No es de tu agrado
estar amante á mi lado?
ELISA. Ya hace tiempo que lo ansío. (Se sientan.)
LUIS. ¡Hola! Pero dí, mirando
mi olvido... (estoy en un potro).
¿No has estado así con otro?
ELISA. Tal vez hubiera debido.
LUIS. ¡Cómo!
ELISA. Si del santo templo
del amor tú desertaste,
si tan pronto me olvidaste,
si me distes el ejemplo...
LUIS. Ya sé tus reconvenciones;
pero díme la verdad.
Cárlos...
ELISA. Por casualidad
escuché sus expresiones,
y no le hubiera escuchado
si Matilde...
LUIS. De manera
que esa infame compañera...
ELISA. Es la que nos ha salvado.
Excitando así tus celos,
has vuelto á mi lado.
LUIS. ¡Ya!
Era una farsa quizá
tu amor...
ELISA. Como el suyo.
LUIS. ¡Cielos!
ELISA. Ella tu amor escuchó,
yo el de don Cárlos oí;
ni ella me engañaba á mí,
ni á tí te faltaba yo.

LUIS. ¡Y no haberlo sospechado!
ELISA. Ya se ve, quien mal se porta...
LUIS. Dura es la leccion.
ELISA. ¿Qué importa
si con ella hemos triunfado?
LUIS. De modo... que tú me quieres.
Pero las dos, qué resueltas...
¡Le dan á un hombre cien vueltas
estos diablos de mujeres!
ELISA. ¿Reconoces ya tu error?
LUIS. Sí, y de veras me arrepiento;
no compensa este momento
catorce lances de amor.
ELISA. ¿Y siempre fiel me serás?
LUIS. Siempre tu esposo seré,
y como antes te querré,
sin engañarte jamás.
ELISA. Justo es que temor te infunda:
que la mujer que más quiera
perdona la vez primera,
mas no siempre la segunda.
LUIS. Hundo mi frente en el polvo.
(Se arrodilla.)
ELISA. Alza, mi amor te disculpa.
LUIS. *Mea culpa, mea culpa.*
(Dándose golpes de pecho.)
ELISA. Pecador, *ego te absolvo.* (Bendiciéndole.)
Y ya no te apartarás
de mi lado.
LUIS. (Levantándose.) Te aseguro...
ELISA. ¿Y me amarás?
LUIS. Te lo juro.
ELISA. ¿Sin engañarme?
LUIS. Jamás.
ELISA. ¡Oh! ¡Qué dicha! Eternamente
juntos de noche, de dia...
LUIS. Poco á poco...
ELISA. ¡Qué alegría
no mirarte indiferente

en mis amantes extremos,
estar para siempre unidos,
en nuestro amor embebidos!
¡Oh! ¡Qué dichosos seremos!

LUIS. Sin duda que es muy bonito
el porvenir que me espera,
mas que aprendieses quisiera
el siguiente parrafito.
La ventura conyugal,
segun filósofos mil,
es parecida á un candil...
No te rias, que es formal...
Sin amor no hay matrimonio
que pueda vivir contento,
ni hay candil que tenga aliento
sin la pringue del demonio.
Mas si con torpes locúras,
porque luzca con deleite,
le echas aceite y aceite...
tambien te quedas á oscuras.
Ten, pues, Elisa, prudencia,
y advierte no hagas lo mismo,
que de amor... á sinapismo,
hay una gran diferencia.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

MAT. ¡Bravo!
ANITA. ¡Soberbio!
LUIS. ¿Quién? ¡Ah!
JUAN. A muy buen tiempo vinimos.
CÁRLOS. ¿Conque las paces hicimos?
LUIS. ¡No sé quién las romperá!
MAT. Ea, basta, de gemir;
perdon completo y dichoso.
Elisa, el brazo á tu esposo;
ahora el tuyo. (A don Cárlos.)

ANITA. (A don Juan.) ¿Y tú has de
huir?
JUAN. ¿Que no reñimos no ves?
ANITA. Los dos contentos estamos...
JUAN. Procuraré que riñamos
para amarte más despues.
Señores... tengo el honor...
todo el mundo esté contento,
y aunque yo mucho lo siento...
como solo estoy mejor...
que oigan ustedes quisiera.
Sepa usted, señora mia, (A Matilde.)
que tras de esa galería
á dar viene la escalera...
Quédense libres mis lares,
y mi vida se remoza.
(Coge á las dos de la mano y las lleva al balcon.)
Posada de Zaragoza
y fondas Peninsulares.
Allí hacen bien las chuletas,
y para comer del dia,
nada como la hostería
de la calle de Carretas.
Y si es que no hay demasiado
decoro... vamos... dinero,
tiene un magno cocinero
la taberna de Pelado.
Conque... largo... hasta más ver...
no me hagas desesperar,
quiero una noche pasar
á solas con mi mujer...
Nada, nada de reproches,
quiero vida sosegada,
conque... (Al público.) dad una palmada,
aprisita, y buenas noches.

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 098526582

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5